

# CUESTIONES SOBRE LAS CERÁMICAS GRAFITADAS DEL BRONCE FINAL Y I EDAD DEL HIERRO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

## QUESTIONS ABOUT GRAPHITE POTTERY OF LATE BRONZE AND IRON AGE I IN THE IBERIAN PENINSULA

ROSA BARROSO BERMEJO (\*)

### RESUMEN

Las cerámicas grafitadas son un elemento cada vez más frecuente en los contextos del Bronce-Hierro peninsular. En este artículo se recoge su dispersión actual, centrada en la vertiente oriental y de gran profusión en las tierras del interior hasta el punto de convertirse en un buen indicador de las relaciones mantenidas por la Meseta durante este periodo. Mayoritariamente estamos ante piezas de mediano y pequeño tamaño, de buena calidad, color oscuro, perfiles no exclusivos y una decoración que permite diferenciar seis variantes diferentes. Sólo la importancia técnica que suponen sigue ligándolas a las francesas con las que tienen entre otras cosas una cronología similar.

### ABSTRACT

*Graphite pottery is an increasingly frequent element in the contexts of the Iberian Bronze-Iron Ages. This paper summarises its current dispersal, centred on the eastern Iberian Peninsula, especially in the interior, so that it becomes a good indicator of the relationships established on the Meseta during this period. Most graphite pots are pieces of medium and small size, of good quality, dark colour, non-exclusive shapes and a decoration that allows us to distinguish six different variants. Only the technical aspects link them with the French examples, which have a similar chronology.*

**Palabras clave:** Grafito. Cerámica grafitada. Bronce Final. Edad del Hierro. Meseta.

(\*) Área de Prehistoria. Universidad de Alcalá de Henares, Colegios, 2 28801-Alcalá de Henares.

Recibido: 11-X-2001; aceptado: 24-I-2002.

**Key words:** *Graphite. Graphite pottery. Late Bronze Age. Iron Age. Meseta.*

### 1. INTRODUCCIÓN

Si bien las cerámicas grafitadas se conocen desde antiguo, será con los hallazgos alaveses publicados a finales de los años 70 en el Congreso Nacional de Arqueología de Lugo cuando se inicia un creciente interés por el tema que cuajará en varios estudios pormenorizados sobre estas cerámicas realizados durante toda la década siguiente. El conjunto hallado en Cástulo (Blázquez y Valiente, 1980), las piezas encontradas en la provincia de Guadalajara (Valiente, 1982), y un análisis más amplio de las grafitadas de Alava (Sáenz de Urturi, 1983) dan pie a abordar la cuestión de esta técnica decorativa a nivel peninsular.

En estos estudios irán apareciendo los primeros mapas de dispersión de las cerámicas grafitadas peninsulares fijándose su núcleo principal en el Valle del Ebro, con yacimientos tan emblemáticos como La Hoya o El Castillo de Henayo. Los hallazgos alcarreños certifican la presencia de la decoración también en la Meseta, con poblados como Riosalido, o necrópolis como Prados Redondos, y un hallazgo tan meridional como Cástulo que preludia ya su amplia dispersión. Si los hallazgos alaveses de entonces no superaban la veintena, y del resto, incluidos los meseteños su cuantía no era más notable, el poblado de La Muela de Cástulo (Blázquez y Valiente, 1980) es el primer conjunto con una aparición destacada como para singularizar formas, comparar pastas, superficies, tamaños de los recipientes, o distintas combinaciones del grafito.

Las cerámicas del poblado andaluz proceden además de un verdadero contexto arqueológico con estructuras y materiales orientalizantes que ayudan a establecer para las grafitadas una cronología relativa del siglo VII a.C., siendo fruto de una precoz entrada de gentes de estirpe indoeuropea en estas tierras de la Alta Andalucía (Blázquez y Valiente, 1980: 407). Del mismo modo los castros alaveses remiten, incluso con datos radiocarbónicos, al Bronce Final, y la transición a la Edad del Hierro (Sáenz de Urturi, 1983: 394), y un panorama cronológico paralelo se propone para la Meseta. Las grafitadas seguntinas son las primeras de las que se realiza una tabla tipológica, con un minucioso análisis comparativo de sus perfiles que determina formas relacionadas con los Campos de Urnas, y otras, la mayor parte, como tipos indígenas. En ellos el aporte continental será el grafito, dentro de lo que el autor considera un periodo de aculturación de los influjos continentales a los que se irían incorporando progresivamente elementos propios de los Campos de Urnas (Valiente, 1982).

En ese carácter indoeuropeo, o continental, hay una procedencia extrapirenaica para el grafitado peninsular que se asienta desde estos primeros estudios, asumiéndose su trasiego Occidental desde el Neolítico Balcánico (Valiente, 1982: 130-133), a la vez que cobran especial significado los yacimientos franceses como último escalón exportador de la técnica hacia la Península Ibérica. La única novedad posterior en este sentido viene de un trabajo de S. Werner (1987-88: 192-193) quien diferencia unas grafitadas más antiguas, relacionadas con las migraciones de los Campos de Urnas, y las que podríamos denominar "tardías", un impacto nuevo, que nada tiene que ver con el panorama francés, y que ha llevado a estrechar lazos directos con Centroeuropa a partir de relaciones de carácter mediterráneo observadas en varios conjuntos.

Fijada su dispersión, cronología y marco cultural, los estudios más recientes se han encargado de precisar algunos de los términos de estas cuestiones, a la par que se engrosa el número de yacimientos. Fueron punto obligado en el estudio que G. Ruiz Zapatero (1985: 761-768) realiza de los Campos de Urnas del Noreste de la Península Ibérica. Dentro del origen extrapeninsular, las grafitadas del Ebro se relacionan con las aquitanas, señalando la ausencia de hallazgos en Cataluña, y la adyacencia técnica y decorativa de ambos grupos, con una ligera diferencia cronológica acorde con el proceso de transmisión. Las grafitadas más antiguas, tipo

Henayo, se relacionan con aportaciones étnicas filtradas por los pasos occidentales hacia el siglo VIII a.C., siendo los siglos VI y V a.C. los de mayor desarrollo en la zona con perduraciones hasta el III a.C. Podrían ser desarrollos locales, pero no se descartan nuevas contribuciones étnicas en la introducción de la técnica en la Meseta o en Andalucía.

Será su manufactura lo que merezca una mayor atención en el análisis que se realiza de las cerámicas grafitadas encontradas en el poblado de La Coronilla, recurriendo a experimentaciones francesas. Precisamente son los fragmentos grafitados hallados en el nivel inferior de ese castro molinés de la provincia de Guadalajara, y la fecha del siglo X a.C. obtenida en él, los que permitirán plantear, sin mucha convicción, el origen local de la decoración (Cerdeño y García Huerta, 1983: 282). En breve tal postura será declinada a la vez que se plantean diferencias temáticas y formales entre el Ebro y la Meseta, lo que supone la difusión de la técnica y el desarrollo de tipos propios (García Huerta, 1990: 746-748).

Un último estado de la cuestión sobre las grafitadas peninsulares (Sánchez Capilla, 1989) expone individualmente sus yacimientos y la relación con las cerámicas francesas para concluir la imposibilidad de señalar si la técnica pudo ser importada o autóctona de la Península. La autora encuentra paralelismos, como la propia cronología de mediados del siglo VIII a.C., e identifica a las poblaciones francesas y españolas, más allá de los materiales, por la elección de asentamientos en altura, pero también encuentra diferencias, como los gustos decorativos. Su análisis parte de un número ya muy importante de hallazgos que le permiten plantear su expansión quizás relacionada con factores comerciales.

En este artículo se pretende contribuir en la valoración de estas cuestiones que vienen suscitando las grafitadas a la luz de las aportaciones más recientes, así como destacar su papel como elemento de interacción de aquellas zonas en las que su representación es verdaderamente notable. Para ello recogemos su actual extensión geográfica analizando los contextos y la cronología a la que remite tal inventario, también la variedad tipológica y temática obtenida, que en definitiva permite caracterizar las cerámicas grafitadas de la Península Ibérica, sin olvidar puntualizaciones técnicas que deberán ser tenidas en cuenta en futuros trabajos.

Aunque el análisis de una determinada producción material siempre trae consigo una cierta indi-

vidualización, las cerámicas grafitadas nos interesan como elementos incluidos dentro de amplios conjuntos culturales. Las dudas que aún siguen suscitando los momentos iniciales de las diferentes formaciones culturales que habitan la Península Ibérica durante la etapa impide un verdadero juicio sobre el origen extrapeninsular de la técnica al que sólo dedicamos aquí breves reflexiones.

## 2. EL GRAFITO Y SU APLICACIÓN

La definición de estas cerámicas (Llanos y Vegas, 1974: 290; Sáenz de Urturi, 1983: 387) las muestra como piezas con una técnica decorativa que ornamenta sus superficies mediante una pintura "metálica", por lo que sólo de forma más práctica que correcta, diferenciamos grafitadas y pintadas en algunos yacimientos, a la vez que en ocasiones veremos la coincidencia de ambas variedades en un mismo recipiente. La diferencia cierta es una de las formas del carbono, el componente carbonoso, sólido, untuoso, de color negro-grisáceo, y brillo metálico del grafito de las primeras, que es sustituido por otros pigmentos en las demás.

Su conservación en las cerámicas no es muy buena, pudiendo desaparecer, igual que otros pigmentos en un ligero lavado. Esta es una de las causas que justifica que en ocasiones haya pasado inadvertido. E incluso, algunas veces lo que queda de ese efecto metálico no es muy distinto de una superficie con abundante mica de grano grueso, llegándose a identificar como "pseudografitado" la presencia de gran cantidad de mica o cuarzo molido, que produce un efecto externo semejante (Crespo, 1992: 51; Valiente *et al.*, 1986: 56). Al respecto puede ser ilustrativo el resultado del análisis de una pieza negra "imitación a cerámica metálica" del Cerro de San Antonio que expone que el brillo de la muestra se debe no a su composición química sino a un proceso físico, la orientación de las micas en superficie durante el bruñido de la pieza, y su posterior sometimiento a una ligera cocción en ambiente oxidante (Arribas *et al.*, 1991: 179).

Estas cuestiones son interesantes porque esta decoración supone la aplicación del grafito sobre la superficie cerámica una vez seca y antes de su cocción (Eiroa *et al.*, 1999: 189), ya que éste es capaz de soportar temperaturas elevadas, al menos 700°C, sin desaparecer (Werner, 1987-88:185). Sin embargo no faltan referencias a temperaturas mucho menores para su anulación, que al margen de

ser o no correctas en su precisión técnica, se relacionan con cerámicas con "superficies tratadas al grafito" (Valiente, 1982: 129), es decir se refieren a un proceso postcocción. Esta adscripción realizada en concreto para las grafitadas seguntinas (Valiente, 1982) nos advierte de la posibilidad de diferencias técnicas dentro del conjunto de las piezas grafitadas peninsulares, relacionadas con la aplicación del grafito antes o después de su introducción en el horno, siendo aquí cuando sería más correcto, hablar de un pseudografitado como ya señaló Werner (1987-88: 185).

Mientras los análisis de laboratorio franceses dejan estas cuestiones mucho más claras, los realizados en España, aún sobre esos precedentes (Gautier, 1976), se han centrado en su detección como objetivo fundamental, en determinar, no sin dificultad, que hay un componente intencionado de grafito. Los realizados hasta el momento proceden de Cástulo, Linares (Rincón, 1981) y el Cerro de San Antonio; donde se confirmó la presencia del mineral en una proporción del 5,9% (Galván, 1991: 186). El grafito ha sido también identificado en las cuarcitas y esquistos utilizados como desgrasante en las cerámicas del yacimiento fenicio de Cerro del Villar, siendo uno de los elementos que permiten plantear el uso de una temperatura media de cocción en torno a los 850° C (Cardell, 1999: 18-19).

Diferentes observaciones (Lambert y Roulière, 1980; Cerdeño, 1987: 570) plantean dos tipos de aplicación del grafito. Uno consistente en su extensión mediante frotación con el mismo dedo, una espátula o bastoncillo. Y un segundo proceso en el que el grafito habría sido previamente diluido convirtiéndose en una pintura líquida que se extendería mediante pincel o inmersión de la pieza. En este último caso la capa sería mucho más uniforme incluso en las superficies interiores del recipiente.

Ejemplos los tenemos en yacimientos franceses como Camp Allaric, Aslonnes, Vienne, en el que se documentó un grueso conjunto de cerámicas pintadas entre las que aparecía el grafito. La pintura se utilizó líquida, y su aplicación con un pincel dejó trazos y gotas de distinto grosor que delatan la existencia de pinceladas, e incluso la utilización de pinceles de distinto espesor, sin que falten trazos extremadamente finos (Pautreau, 1986: 159). También en la Meseta, hay huellas de la aplicación de la capa de grafito mediante una espátula, como en el Cerro de San Antonio (Blasco *et al.*, 1991: 114) o yacimientos de Guadalajara en los que se aprecia la presencia del carbono triturado y mezclado con

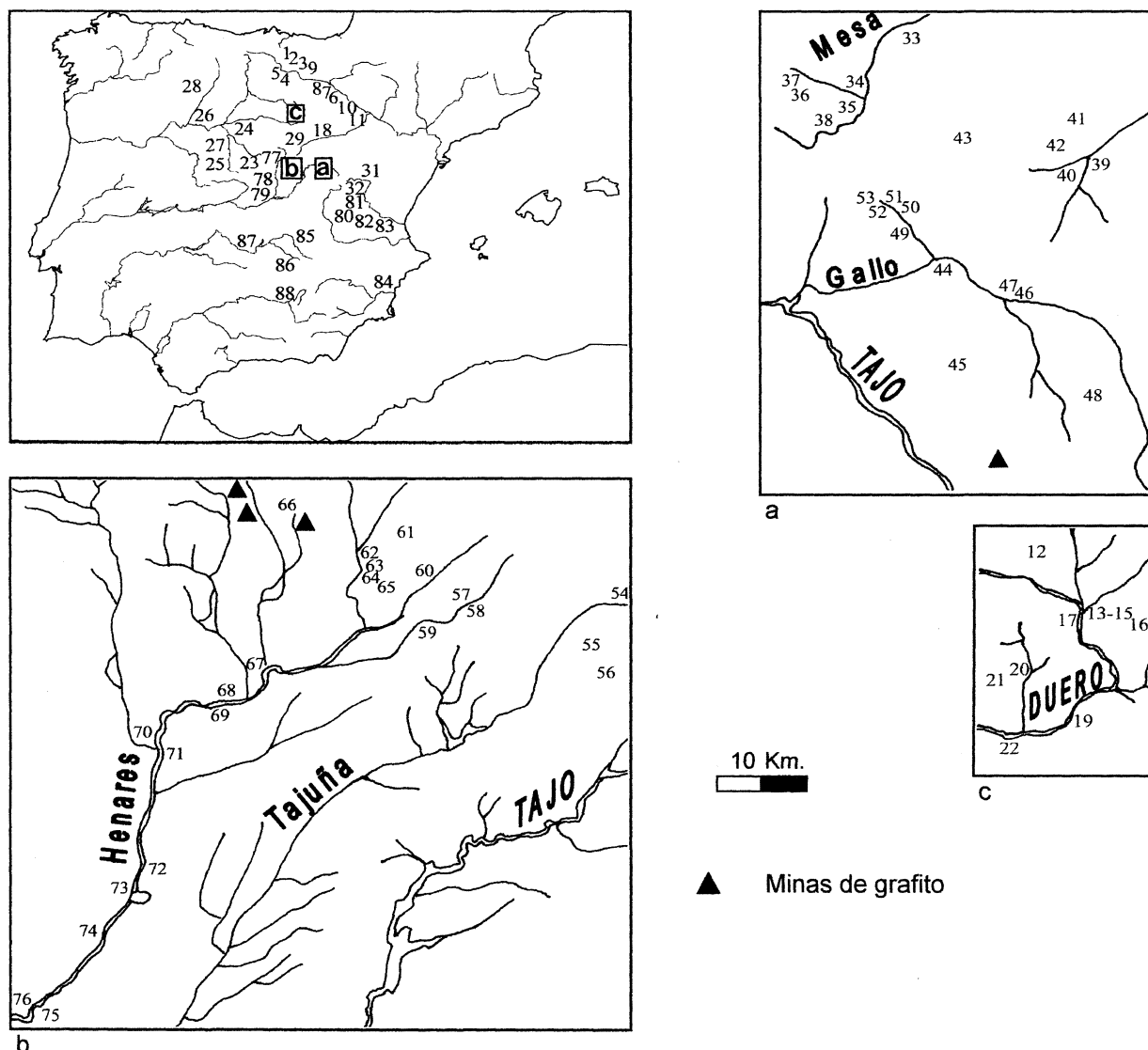


Fig. 1. Yacimientos con cerámicas grafitadas de la Península: Alava: 1. *Portilla la Alta*; 2. *Henayo*; 3. *La Hoya*. La Rioja: 4. *El Redal*; 5. *Santa Ana*; 6. *La Torre de Campobajo*; 7. *La Marcú*; 8. *Sorbán*. Navarra: 9. *El Cogote Hueco*; 10. *El Castejón de Arguedas*; 11. *El Cerro de la Cruz*. Soria: 12. *Zarranzano*; 13. *El Castillejo de Garray*; 14. *La Vega*; 15. *Cerro de la Muela*; 16. *El Castillejo de Fuensauco*; 17. *Castillo de Soria*; 18. *Castilviejo de Yuba*; 19. *La Corona*; 20. *El Ero*; 21. *Cuesta del Espinar*; 22. *La Buitrera*. Segovia: 23. *La Pencona*; 24. *La Plaza del Castillo*. Avila: 25. *Los Castillejos de Sanchorreja*. Valladolid: 26. *Soto de Medinilla*; 27. *La Mota*. León: 28. *Sacajos*. Zaragoza: 29. *Ogmico*; 30. *Záforas*. Teruel: 31. *Almohaja*; 32. *Bezas*. Guadalajara: 33. *Cerro Renales*; 34. *Locón*; 35. *Ribagorda*; 36. *La Torre (I)*; 37. *La Torre (II)*; 38. *Valdeclares*; 39. *Fuente Estaca*; 40. *Ermita de la Vega*; 41. *Guisema*; 42. *La Cañada*; 43. *Los Villares*; 44. *Los Almacenes*; 45. *Fuente del Barranco*; 46. *El Pinar*; 47. *La Coronilla*; 48. *El Castillejo*; 49. *El Ceremeño*; 50. *El Turmielo*; 51. *El Palomar*; 52. *La Cerrada de los Santos*; 53. *La Pedriza*; 54. *Monte Santo*; 55. *Luzaga*; 56. *Cerro Almudejo*; 57. *La Solana*; 58. *La Ribilla*; 59. *Los Castillejos*; 60. *Sigüenza*; 61. *Alto del Castro*; 62. *Cerro Padrastro*; 63. *La Espiná*; 64. *La Horazas*; 65. *El Tesoro*; 66. *Cerro del Castillo*; 67. *Los Morales*; 68. *Km. 98*; 69. *Pico Buitre*; 70. *Peñalcuervo*; 71. *La Muela*; 72. *La Merced*; 73. *Los Manantiales*; 74. *La Dehesa*. Madrid: 75. *Ecce Homo*; 76. *Los Pinos*; 77. *La Dehesa de la Oliva*; 78. *Cerro de S. Antonio*; 79. *Arroyo Culebro*. Cuenca: 80. *Hoyas del Castillo*; 81. *Moya*; 82. *El Castillo*. Valencia: 83. *Los Villares*. Alicante: 84. *Peña Negra*. Ciudad Real: 85. *Peñarroya*; 86. *El Cerro de las Cabezas*; 87. *Alarcos*. Jaén: 88. *Cástulo*.

arcilla, aplicado a modo de engobe al interior (Valiente *et al.*, 1986: 56).

Los resultados también dependen de las propias superficies. Las hay meramente alisadas o rugosas, que aunque de peor aspecto consiguen una mayor adherencia, y espatuladas o bruñidas que acentúan el brillo de la pieza.

### 3. LOS YACIMIENTOS Y SU INFORMACIÓN CRONOLÓGICA Y CULTURAL

Conocemos 88 yacimientos con esta variedad de cerámicas (Fig. 1), y aunque sólo en una escasa cuarta parte de ellos reciben un marco estratigráfico, no hay duda del amplio desarrollo alcanzado por la técnica. El inventario no es ni mucho menos definitivo, de hecho no faltan referencias puntuales (Martínez Navarrete, 1988: 1157), informaciones aún poco detalladas (Collado *et al.*, 1991-92: 133) que acrecentarían los núcleos conocidos, o claras muestras de aumento en el número de enclaves con grafitados acorde al ritmo de prospecciones realizadas, como viene sucediendo en la provincia de Soria.

Ocurre también que la información procede mayoritariamente de poblados. Todos son hábitat al aire libre, y sobre todo en altura, siendo los contextos funerarios escasos, poco precisos por tratarse de antiguas excavaciones, y además reducidos a las tierras orientales de la Meseta y el Sistema Ibérico.

El actual mapa de yacimientos con grafitadas muestra su distribución en el centro y vertiente oriental peninsular, con una gran aceptación en tierras del interior. Tal panorama se puede estructurar, para su exposición, en varios sectores geográficos, que además han tenido distinto bagaje investigador.

Las excavaciones realizadas en los castros alaveses de La Hoya (Llanos, 1988: 71) y Henayo (Llanos *et al.*, 1975) siguen siendo los mejores contextos de referencia para las grafitadas del Ebro, aunque no están privados de problemas. En el primero, las grafitadas aparecen en su fase II y III para la que se cuenta con fechas que van del siglo XII al VI a.C. pero desconocemos la cuantía final de los hallazgos grafitados y sus datos explícitos, pues desde los fragmentos publicados en los años 80 (Sáenz de Urturi, 1983), con el poblado aún en proceso de excavación, las referencias a estas cerámicas han sido sólo generales. Su contexto de viviendas rectangulares con zócalo de piedra, paredes de adobe y cubierta vegetal, es diferente al de Hena-

yo donde encontramos viviendas de suelo apisonado y hogares circulares. El único fragmento grafitado allí encontrado corresponde al nivel más antiguo de ocupación para el que la disparidad de fechas procedentes de una misma muestra inclina a sus autores a considerar la cronología del siglo VIII a.C. como la más adecuada. Sin embargo, en ambos yacimientos, las grafitadas se rodean de un elenco material similar formado por elementos metálicos de bronce y cerámicas incisas, con impresiones, excisas y acanaladas, que en La Hoya se acompañan además de pintadas.

Por un lado sus autores no vacilan en buscar la procedencia de estas primeras ocupaciones en los Campos de Urnas del Languedoc unidas a ciertas similitudes con la Meseta y poblados como Cortes o El Redal (Llanos *et al.*, 1975), mientras otros defienden contactos con el Suroeste francés, siendo posible un cierto aislamiento de los grupos de los altos alaveses y los de las riberas (Ruiz Zapatero, 1985: 608-609). Pero por otro, la secuencia de La Hoya cuenta con una ocupación anterior al horizonte de grafitadas cuya continuidad sería necesario conocer, del mismo modo que deberían conocerse bien las relaciones con el grupo Cortes-Redal, a su vez influenciado por el Bajo Ebro, si queremos considerar que las cuestiones referentes a la génesis de estos primeros poblamientos están resueltas.

Con todo, la principal aportación de las grafitadas en los contextos alaveses es un marco cronológico, aunque en nuestra opinión es justo reconocer que tampoco está exento de dificultades. La fecha del  $760 \pm 80$  a.C. (I-8687), mayoritariamente aceptada, pertenece a un segundo análisis de una misma muestra que inicialmente proporcionó una fecha del siglo XII a.C. no respaldada, a diferencia de aquella, por los datos relativos manejados por los autores (Llanos *et al.*, 1975: 188). Las fechas obtenidas en los dos niveles superiores inmediatos no ayudan pues se consideran demasiado antiguas y con alto margen de desviación, pero hay sugerencias sobre la alteración estratigráfica de la secuencia y la aceptación de un siglo X a.C., que se equipararía mejor con las fechas obtenidas en La Hoya (Castro *et al.*, 1996: 223).

Yacimientos riojanos como Sorbán, o Campobajo (González y Pascual, 1983; Pascual y Cinca, 1985), aportan poco sobre los contextos en los que aparecen las grafitadas, pero al menos ayudan a resaltar la reducida repercusión de la técnica en el Bajo Aragón y tierras catalanas, frente al tramo medio y alto del Ebro. Sobre aquella zona faltan

datos recientes y las referencias antiguas ya fueron cuestionadas con bastante lógica (Ruiz Zapatero, 1985: 763-764) por lo que parece necesario dejarlas al margen.

El inmediato marco del Duero también tiene su representación propia con once yacimientos, sirviendo las grafitadas para dar uniformidad a la Edad del Hierro, al ser un elemento común entre el mundo castreño soriano septentrional y el poblamiento del llano aluvial, y entre ellos y el grupo Soto. Así a las malas referencias antiguas (Ortego, 1951) y localizaciones superficiales (Pascual, 1991: 154-157), se une su documentación en varias excavaciones sistemáticas. En un ambiente análogo se encuentran las grafitadas del sector II y III del castro de Zarranzano (Romero, 1991: 129-183) y las de la segunda fase de ocupación del poblado de El Castillejo de Fuensauco (Romero y Misiego, 1995), por mucho que sólo el primero de ellos muestre en su muralla un claro interés defensivo. En ambos yacimientos sorianos las viviendas presentan zócalos de piedra y paredes de adobe conviviendo en determinado momento, como muestra Fuensauco, las estructuras rectangulares y las circulares. El material que acompaña a las grafitadas está formado por piezas de bronce, y cerámicas con unguilaciones, sencillas incisiones, y pintura. Para estas ocupaciones hay varias fechas radiocarbónicas que no remontan el 500 a.C. obtenido en el nivel inferior de Zarranzano (Romero, 1999: 148) lo que sitúa a las grafitadas en un momento tardío, del siglo VI a.C., dentro de un horizonte relacionado, o en la misma tradición, de los Campos de Urnas de la Edad del Hierro del Ebro (Romero y Misiego, 1995: 137; Delibes y Romero, 1992: 249).

Sin embargo en nuestra opinión también en el Duero puede reivindicarse su comparecencia en el Bronce Final-Hierro, si nos fijamos en los restos de Castilviejo de Yuba (Ruiz Zapatero, 1984: 180-181) junto a excisas y acanaladas, o en la presencia de algunos fragmentos en la ocupación inicial de Fuensauco, en un entorno de cabañas circulares de hoyos de poste (Romero y Misiego, 1995: 137), con dos fechas de mediados del siglo VIII a.C. confinadas por el momento por su incoherencia con una tercera del siglo V a.C. (Romero, 1999: 156). También en ambientes heterogéneos que, aunque poco claros, en la cuestión que nos atañe no dejan de ser sugerentes. Sabemos de la presencia de grafitadas en los niveles superiores de Sanchorreja con fechas del siglo VI a.C. (González Tablas y Domínguez, 1995), pero también en su nivel inferior, junto a

pintadas y cerámicas Cogotas I (Maluquer 1958: 25-39), así como en el nivel más antiguo de La Mota con una fecha del  $610 \pm 70$  a.C. (GrN-18907) (Seco y Treceño, 1993: 155-156) junto a boquique e incisión que podrían formar parte de un poblamiento anterior.

Dentro de la misma adscripción cultural de este poblado, el grupo Soto, encontramos grafitadas en poblados como Sacaojos, en un ambiente relacionado con la fase plena de la cultura, entre el siglo VII y V a.C. (Misiego *et al.*, 1999) y en el propio Soto de Medinilla, cuyos sondeos mostraron el registro de una pieza, un cuenco globular en el último nivel de ocupación con fecha radiocarbónica del  $500 \pm 50$  a.C. (GrN-19058) (Delibes *et al.*, 1995: 171-175).

La mayor concentración de yacimientos con cerámicas grafitadas se encuentra en la Meseta Sur, en su sector oriental y reborde del Sistema Ibérico, y dentro de ella la primera localización estratigráfica procede del castro de La Coronilla (Cerdeño y García Huerta, 1992). A su ocupación más antigua, de viviendas rectangulares con zócalos de piedra, corresponden las cerámicas grafitadas acompañadas de sencillas piezas de bronce y una cuenta de pasta vítrea. La primera muestra radiocarbónica obtenida, a la que ya hemos hecho referencia, del  $950 \pm 90$  a.C. (I-12101), pierde relevancia con otras disparejas, procedentes del mismo nivel (Cerdeño y García Huerta, 1992: 147), sin embargo eso no ha impedido que se defiendan para las grafitadas una cronología antigua, del siglo IX a.C., caracterizando varias *facies* locales (Valiente y Velasco, 1988: 117).

Los yacimientos de Sotodosos y Riosalido darán nombre a una primera *facies* originada en la reelaboración de elementos heredados de Cogotas I y aportes de los Campos de Urnas Recientes y del Hierro del Ebro (Valiente y Velasco, 1986). En ella el grafito y la pintura son los elementos más característicos de su cerámica. Sin embargo ambos poblados, igual que otros tantos, excepción de La Coronilla también aquí incluida, carecen de excavaciones, y lo mismo ocurre con los datos funerarios que proceden de antiguos trabajos en los que el grafito pasó inicialmente desapercibido como es Ogmico (Rosa y Soto, 1995: 266-270). La elevada cronología de la *facies* se queda sin respaldo, por lo que la referencia que obtenemos para las grafitadas, por ejemplo para el conjunto de Riosalido (Valiente, 1982), la mejor muestra peninsular de superposición de pintura y grafito, es vaga más allá de un

genérico marco de transición y comienzos de la Edad del Hierro.

Una segunda *facies*, circunscrita al Alto Henares, se conoce como Pico Buitre (Valiente *et al.*, 1986), recibiendo la denominación del único poblado excavado. Sin embargo el ambiente que éste reconstruye de poblados sin interés defensivo, con viviendas realizadas con materiales poco perecederos y un elenco material fundamentalmente con cerámicas con decoración incisa acompañando a las grafitadas, recurre a la misma tradición de varios poblados madrileños como El Cerro de San Antonio (Blasco *et al.*, 1991), o del área molinesa recientemente identificados como Horizonte Locon II (Arenas, 1999: 172-173). El grafito, igual que la excisión, parece más escasa en Madrid, pero al margen de precisiones, se reproducen contextos semejantes con elementos de tradición local, influencias levantinas y del Ebro. Con los Campos de Urnas del Hierro del Ebro Medio se relacionan las comunidades con grafitadas del área molinesa fechadas entre el siglo VIII y comienzos del siglo VII a.C. (Arenas, 1999: 173) mientras que se acude a tierras alavesas para justificar la presencia de grafito en el Alto Henares (Valiente, 1984: 33). La aportación de Pico Buitre se extiende también al radiocarbono, con tres fechas que van del siglo XII a mediados del X a.C. (Crespo y Arenas, 1998: 49). No es el momento de valorar todo lo que suscitan, pero sí de señalar que debe haber cambios en el registro material de una secuencia tan amplia como la que se abarca, pues sabemos de la presencia de piezas como fíbulas de doble resorte (Crespo, 1992: 64). Queda por tanto por precisar el momento de aparición de las grafitadas.

Curiosamente también aquí, en la Meseta Sur, encontramos yacimientos en los que conviven esas dos tradiciones distintas que testimonian las cerámicas Cogotas I y las pintadas al grafito. La asociación se conoce en La Muela de Alarilla (Méndez y Velasco, 1984) y la cabaña excavada en Ecce Homo en la que aparecieron un 14,5 % de fragmentos grafitados junto a pintadas, pero también boquite y acanalados considerados por sus autores intrusivos (Almagro y Dávila, 1988: 362).

Y finalmente, mucho menos problemático es el registro de grafitadas en estaciones sin duda ligadas a la I Edad del Hierro, en un ambiente en el que son patentes los elementos meridionales o propios del mundo levantino como el torno o el hierro. De esas estaciones excavadas conviene destacar en el área carpetana el poblado de Los Pinos (Muñoz y Orte-

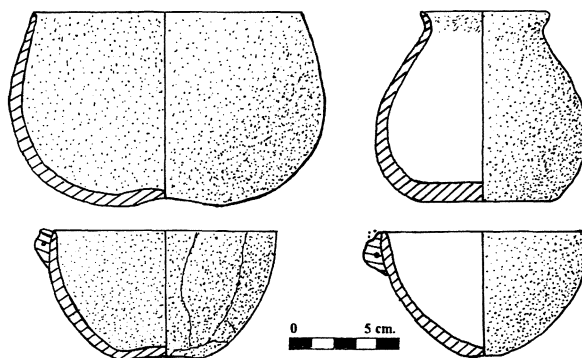


Fig. 2. Cerámicas grafitadas de la necrópolis de Luzaga (Guadalajara), sin asociación a sepultura (Colección Cerralbo, MAN).

ga, 1996), y en lo que luego será la Celtiberia varios poblados de altura, con evidente interés defensivo en los que las grafitadas aparecen junto a urnas de orejetas o fíbulas de doble resorte. Es el caso del Turmielo (Arenas y Martínez, 1993-95), donde tales materiales son aún importados en los comienzos de la Edad del Hierro, o el castro del Ceremeño con mayor representación del torno. Las grafitadas tienen aquí fechas del  $530 \pm 80$  a.C. y  $430 \pm 200$  a.C. (1) en la ocupación más antigua, de las dos que registra el enclave, ligada por su urbanismo y materiales a las influencias del Ebro que llegan a la Meseta, y a la incorporación de otros tantos elementos mediterráneos (Cerdeño *et al.*, 1993-95: 76-86). Es ahora cuando encontramos la única necrópolis, La Cerrada de los Santos (Arenas, 1999: 50-62), que proporciona la información suficiente como para reconocer el uso de grafitadas también en lugares funerarios, pues en el resto de las necrópolis son hallazgos sin sistematización alguna (Fig. 2).

La presencia de grafitadas en tierras levantinas tiene una muestra palpable en el poblado valenciano de los Villares, desde su primer nivel de ocupación atribuido al tránsito entre el Bronce Final-Hierro I, en el siglo VIII-VII a.C. Cerámicas a mano incisas, pintadas, algunos acanalados y decoraciones plásticas son el documento material aportado por estructuras con zócalo de piedra que se explican dentro de un substrato indígena influenciado por elementos meridionales y del Ebro entre los que están las grafitadas, en última instancia difundidas desde la Meseta (Mata, 1991: 189). La creciente presencia de torno en el lugar permite fijar el uso

(1) En la publicación (Cerdeño *et al.* 1993-95) no aparece la identificación de las muestras datadas.

continuo de la técnica hasta la primera mitad del siglo V a.C. (Mata, 1991: 193) siendo por tanto contemporáneo a su utilización en piezas de otro poblado levantino más meridional, Peña Negra (González Prats y Ruiz Segura, 1990-91: 70), en el que unos cuantos fragmentos grafitados aparecen en su segunda fase de ocupación, en el siglo VII a.C.

Tampoco abandonamos la misma cronología de finales del siglo VIII y siglo VII a.C. en el caso de varios hallazgos conquenses o del entorno del Guadiana que contienen niveles previos a su fuerte proceso de iberización. En el caso de Hoyas del Castillo, la presencia de grafito junto a incisiones y excisiones que se relacionan con el Bajo Aragón, supone un momento posterior a la ocupación Cogotas I del lugar (Ulreich *et al.*, 1994), mientras que en Alarcos, en estratos muy alterados por las construcciones posteriores, el boquique aparece junto a las cerámicas pintadas, grafitadas y con incrustaciones de botones de bronce (Juan *et al.*, 1994: 147).

Cástulo es por el momento el único poblado andaluz con grafitadas, pero sus extensas excavaciones hacen que sea uno de los lugares de más amplia documentación peninsular de la técnica. Los porcentajes son reducidos en su primera fase de habitación, de finales del siglo VIII a.C., y más destacados en sus fase II de mediados del siglo VII hasta los primeros momentos del siglo VI a.C., perviviendo en la siguiente hasta un momento no bien determinado. En esa etapa de auge las grafitadas aparecen en un complejo conjunto de construcciones que se modificarán en varias ocasiones, junto a abundante cerámica incisa sobre carenas altas que reproduce decoraciones pintadas que no desentonan en el ambiente andaluz, e influencias mediterráneas patentes en las imitaciones e importaciones de producciones fenicias. Aún no aparece el hierro destacando entre el material metálico una fíbula de doble resorte (Blázquez *et al.*, 1985).

#### 4. CARACTERIZACIÓN DE LAS CERÁMICAS GRAFITADAS

Un primer aspecto que cabría destacar es la reducida información relativa a la proporción de las grafitadas en los conjuntos cerámicos, pues parece que, como otras decoraciones, no tienen elevada representación en los cómputos decorativos internos de los diferentes yacimientos. Los datos más firmes, como excavaciones de mayor extensión que

son, de Los Villares (Mata, 1991:163) o Cástulo (Blázquez *et al.*, 1985), son del 2-3% de la cerámica. En La Coronilla alcanzan el 16%, pero los porcentajes varían sensiblemente entre las viviendas que forman el primer nivel de ocupación, con cifras que están entre el 1,50% y el 20% de la cerámica en ellas encontrada (Cerdeño y García Huerta, 1992: 84-94). Y sería necesario conocer mejor los datos tan elevados de Torre de Campobajo donde la única estructura excavada proporcionó un 70% de piezas grafitadas, lo que llevó a sus autores a considerar el carácter suntuoso y excepcional de la vivienda (Pascual y Cinca, 1985: 628).

En la factura del conjunto cerámico grafitado peninsular hay numerosas variantes. Una primera, la encontramos en el color de sus superficies. La mayor parte de ellas poseen las superficies negras cuando no también sus pastas, pero no faltan ejemplos de colores claros, rojizos, e incluso marrones o beige. En ocasiones el color se ha utilizado (Valiente, 1982: 124; Mata, 1991: 164), unido a determinados perfiles, como elemento significativo de diferentes trasfondos culturales, sin embargo una observación del conjunto peninsular, avisa de lo poco significativa que puede ser la apreciación si no va acompañada del tipo de materias primas disponibles en cada caso, el tipo de cocción, o el posible uso de las piezas.

Independientemente del color estamos mayoritariamente ante pastas bien decantadas, con desgrasantes de grano fino o medio, y superficies cuidadas, bien alisadas, espatuladas o bruñidas. El grafito puede contribuir a refinar el aspecto grosero de algunas piezas como ocurre en Peñarroya (García Huerta *et al.*, 1999: 237), y sólo excepcionalmente encontraremos piezas de mala calidad alejadas de lo que sería una cerámica fina, como queda patente en Cástulo (Blázquez y Valiente, 1980: 40-41).

A partir de la propia decoración podemos diferenciar varios tipos de grafitadas:

*Tipo 1.* El grafito se extiende en forma de capa más o menos homogénea por la superficie del recipiente. En ocasiones se ha grafitado sólo la superficie interior, únicamente la exterior, o ambas aparecen cubiertas.

*Tipo 2.* Cerámicas en las que el grafito no cubre toda la superficie, sino que forma bandas que aparecen tanto al interior como al exterior. Con frecuencia estas bandas ocupan la zona del borde, la parte superior o mitad superior del recipiente.

*Tipo 3.* El grafito como una auténtica pintura sirve para diseñar motivos directamente sobre la



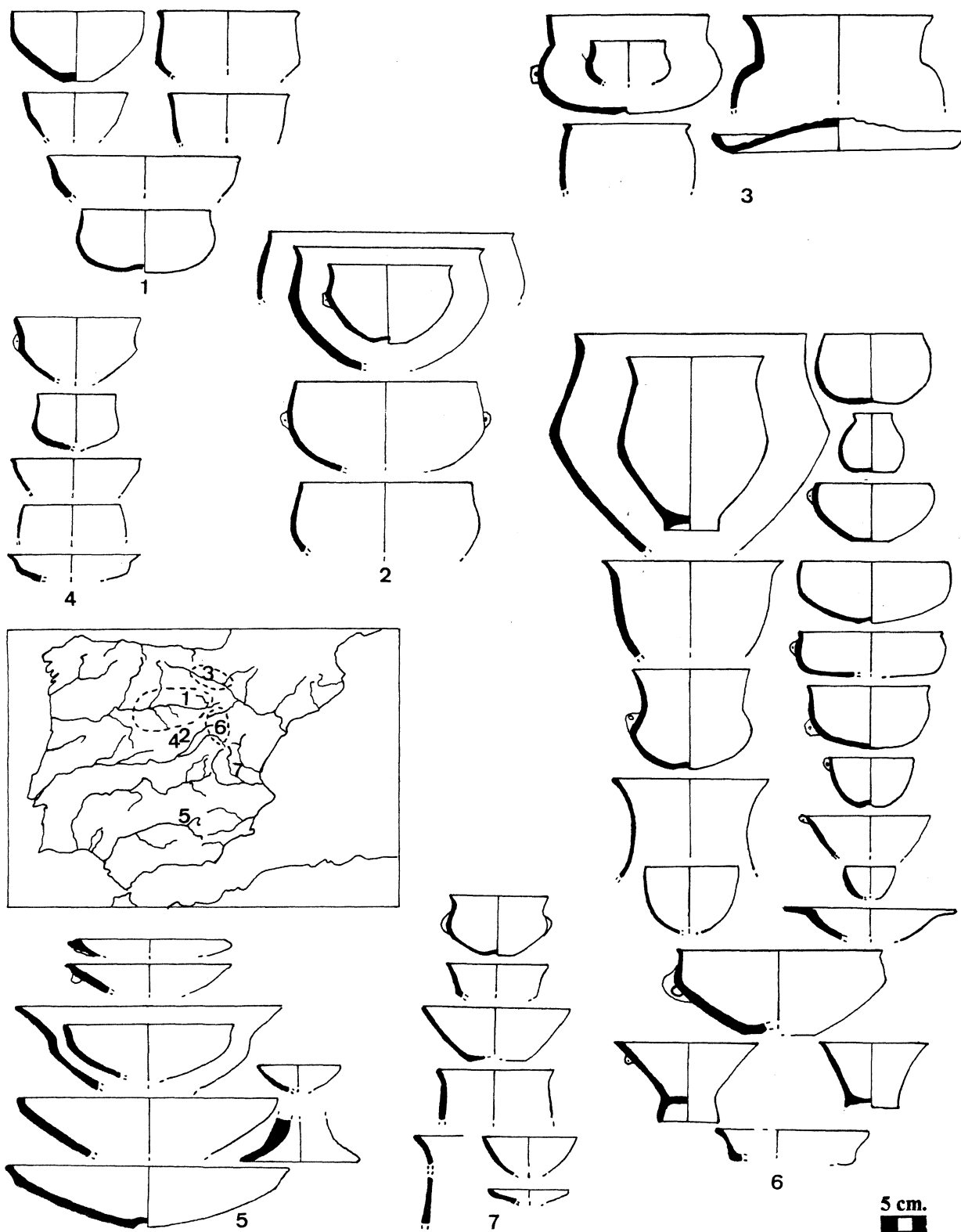


Fig. 3. Formas de las cerámicas grafitadas peninsulares.

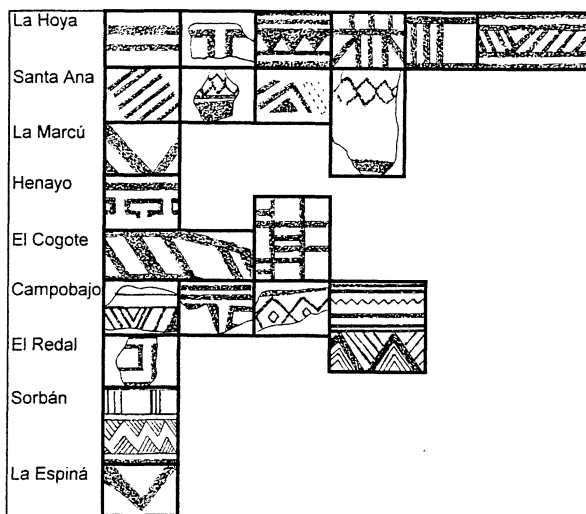


Fig. 4. Motivos realizados con grafito.

superficie del recipiente, tanto al interior como al exterior. Los diseños son geométricos, de líneas paralelas, bandas con series de líneas verticales y oblicuas, triángulos rellenos o rayados al interior, rombos y meandros. La fragmentación impide en muchas ocasiones conocer sus desarrollos completos (Fig. 4).

*Tipo 4.* Cerámicas en las que se ha colocado una capa de grafito homogénea sobre la que se realiza a su vez un motivo ornamental también en grafito. Una variedad del tipo anterior con motivos geométricos semejantes.

*Tipo 5.* Cerámicas en las que la capa de grafito hace de fondo oscuro y brillante sobre el que destacar determinados motivos pintados (Fig. 5).

*Tipo 6.* Piezas con superficie grafitada, completa o parcialmente, asociada a impresiones, acanaladuras, o almagra, a las que suele superponerse.

Argumentos para secuenciar estos diferentes tipos de decoración grafitada sólo se han dado en el yacimiento de Los Villares en el que el tipo 2, de bandas, es exclusivo del nivel más antiguo del yacimiento (Mata, 1991: 164), por eso más que de una gradación cronológica, se puede hablar de más o menos éxito, arraigo, o interés de determinados tipos en algunas zonas, sin que exista una delimitación espacial estricta.

Los tipos 1 y 2 son los de mayor simplicidad y más amplia difusión peninsular, quizás por su amplio uso en la Meseta. No están ausentes del Alto Ebro, conviviendo con los diseños de motivos (Tipo 3) en varios fragmentos de La Hoya (Sáenz de Urturi, 1983: 397) y aguas abajo en Sorbán (Ruiz

Zapatero, 1985: 761-762) pero no hay duda de su especial auge en la Meseta y mitad meridional de la Península, siendo por ejemplo la única modalidad conocida en el Duero.

Los diseños de motivos (Tipo 3) con desarrollos geométricos de líneas están más relacionados con la cabecera del Ebro, tierras vascas, navarras y riojanas, siendo en varios de los yacimientos la única modalidad conocida. Fuera de allí encontramos algunos fragmentos, de los que ni siquiera podemos reconstruir la forma del recipiente, en la Meseta Sur, en La Espiná (Fig. 4), junto a una variedad directamente relacionada con aquella como es el tipo 4, presente en Riosalido o Sotosodos (Valiente, 1982; Valiente y Velasco, 1986). La misma consonancia se produce en cuanto a la asociación de grafito y acanalados conocida en La Hoya o Campobajo y en la Meseta oriental, o en su base como fondo de la pintura (Tipo 5). Hay un fragmento de este tipo en la Hoya (Ruiz Zapatero, 1985: 764), pero eso no impide que veamos en esa asociación, pintura-grafito, la verdadera singularidad del centro-este peninsular con yacimientos como Riosalido, Cerro Renales, o Los Villares (Fig. 5). En la misma agrupación entraría el poblado de Cástulo (Blázquez y Valiente, 1980) que también en el plano decorativo puede ser diferenciado, en esta ocasión por la asociación almagra-grafito que se repite en sus recipientes utilizando la superposición o delimitación de zonas diferentes mediante la incisión. Tal variante también está presente en la Me-

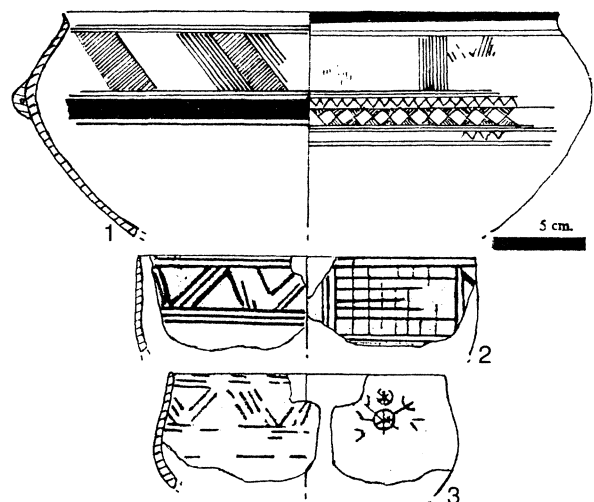


Fig. 5. Cerámicas grafitadas y pintadas. (1) Cerro Renales, según J.L. Cebolla (1992-93); (2-3) Alto del Castro, Riosalido (Guadalajara), según J. Valiente, 1982.

seta, en el poblado de La Dehesa de Alovera (Espínosa y Crespo, 1988: 249).

En relación a las dimensiones de los recipientes, las grafitadas aparecen en tipos de mediano y en especial pequeño tamaño, con formas poco profundas y abiertas, algo acorde con la decoración que puede aparecer en su interior. Pero también aquí hay excepciones y encontraremos algunos recipientes grandes que contradicen la tónica común, especialmente de amplio desarrollo vertical (Fig. 3,7).

En conjunto la representación formal es variada, pero refleja una preferencia por los perfiles carenados, semiesféricos y troncocónicos, sin que puedan en ningún caso aislarse formas como tal, correspondiendo a las formas habituales en cada yacimiento. Es decir se están decorando las mismas formas que aparecen lisas o reciben otro tipo de decoración, formas comunes a los ambientes de la Edad del Hierro y otras algo más personales que nos permiten estrechar algunos lazos de relación.

En el registro formal del Ebro (Fig. 3, 3) el grafito se aplica a recipientes ovoides o globulares con cuellos cilíndricos, es decir a formas bien conocidas en ambientes de la Edad del Hierro del área alavesa y navarra. Estos perfiles sirven para atribuir a las grafitadas riojanas un carácter tardío (Ruiz Zapatero, 1985: 765), pero la muestra formal es muy reducida por el momento.

Fuera del Ebro, el panorama cambia y el reconocimiento de formas, ahora más amplio, encuentra claras semejanzas entre los yacimientos que se extienden desde la cabecera del Duero hasta tierras levantinas, incluyendo Jalón y cabecera del Tajo (Fig. 3 n.ºs 1, 2, 6 y 7). En ellos el grafito decora recipientes semiesféricos, globulares de escaso desarrollo vertical y carenados entrantes con inflexiones medias o en el tercio superior. Todos ellos prefieren fondos redondeados o en umbo, y es usual encontrar mamelones perforados en la parte superior o inferior de la carena. Las bases rehundidas o pies marcados corresponden a recipientes troncocónicos y bitroncocónicos del Alto Tajo y Jalón, siendo estos últimos los de mayor tamaño a los que se alude en párrafos anteriores, que además sabemos que están presentes tanto en poblados (Valiente y Velasco, 1988: Fig.4) como en necrópolis (Arenas, 1999: Fig. 43). La distribución del grafito como capa continua, o diseñando bandas, en una o ambas superficies, será su variante decorativa sin distinción formal aparente. También la asociación pintura-grafito la encontramos en formas semiesféricas, globulares y carenadas, pero nunca en piezas grandes (Fig. 5).

Las carenas altas y las medias marcadas a modo de “hombro”, así como las fuentes de bocas amplias formarían otra delimitación que atañe a las grafitadas en yacimientos no menos meseteños que los anteriores, del Henares y Manzanares, y otros como Cástulo (Fig. 3, n.ºs 4 y 5). Ello incide en la raigambre meridional que hay que atribuir a muchas de esas formas carenadas que aparecen en la Meseta, sin restar personalidad al poblado andaluz en el que se grafitan piezas, para las que no se encontraron paralelos peninsulares (Blázquez y Valiente, 1980: 40). Nuevamente las variantes responden a una capa continua de grafito, o bandas que destacan sobre el color de la superficie. El contraste es aún mayor sobre superficies a la almagra como en Cástulo, que se corresponden con recipientes de gran tamaño de los que no se conservan perfiles completos.

## 5. REFLEXIONES Y CONSIDERACIONES FINALES

La dispersión actual de las cerámicas grafitadas impide considerarlas un elemento marcadamente septentrional pues su núcleo principal ocupa el centro de la Península, aventajando cuantitativamente el grupo del Tajo al del Ebro. El castro leonés de Sacaos ocupa la posición más occidental, mientras Cástulo sigue siendo el punto más meridional, mostrando que tal situación no está reñida con un gran arraigo de la técnica. Tal distribución las sitúa sobre el área ocupada por Cogotas I, estando ausentes, por el momento, del territorio de los Campos de Urnas antiguos.

Para su valoración es necesario que más allá de las propias cerámicas grafitadas, nos fijemos en los registros amplios de los que forman parte y la información cronológica que traslucen.

Dos son los tipos de contextos en los que aparecen a los que se añaden otros mixtos. En primer lugar en contextos de fuerte tradición de decoración incisa, acompañados de excisión, acanalados, impresiones, pintadas y cepilladas tal cual las encontramos en la estratigrafía de La Hoya y Henayo. Son característicos los recipientes bruñidos, de buena calidad y brillo intenso, de borde cilíndrico en el Ebro, y que al sur de éste, reproducen cuencos de carenas medias con hombros muy marcados y resaltados por mamelones perforados, que junto a las fuentes de carenas altas son ya un distintivo del momento final de la Edad del Bronce peninsular y característicos tanto de la Meseta como del Sureste.

En ellos obtenemos una fecha inicial para la presencia de grafitadas en Henayo, a mediados del siglo VIII a.C. (Llanos *et al.*, 1975: 95), que parece la más válida, aunque sea obligado recordar las fechas más altas del siglo XII a.C. obtenidas en la Hoya semejantes a las del poblado meseteño de Pico Buitre. Fechas tan antiguas se comprenden algo mejor tras los resultados obtenidos en Soto de Medinilla con una fecha de mediados del siglo IX a.C. para su nivel más antiguo (Delibes *et al.*, 1995: 175), o con el marco ocupado por la fase I de Peña Negra (900/850-700 a.C.) (González Prats, 1992: 249) formando parte de una nueva etapa en torno al cambio de milenio a la que no es ajena ni el Ebro, ni la Meseta, ni el Sureste, y en la que encontraremos tanto hábitat en altura como en zonas bajas con viviendas mayoritariamente de materiales de poca solidez. Tal proceso no hay duda que implica a las grafitadas, pero resta saber cuál es su momento de incorporación a un elenco material del que aún no conocemos bien su origen y evolución. A falta de más precisión, el registro de grafitadas en la fase II de Peña Negra, o las fechas propuestas para Los Villares, o Cástulo de finales del siglo VIII, comienzos del siglo VII son una buena referencia próxima a la fecha por el momento más admisible del Alto Ebro.

Una cronología semejante es también la sugerida en el caso de un segundo tipo de yacimientos en los que las grafitadas se asocian a las cerámicas típicas de la cultura meseteña. Tal relación conjunta se repite en yacimientos como La Muela de Alarilla, Alarcos, o La Mota donde al menos son anteriores a una secuencia que comienza en el siglo VII a.C. (Seco y Treceño, 1993: 135). Suponen la admisión de una técnica decorativa novedosa entre las poblaciones asiduas de las técnicas de incrustación.

Por último, en un tercer tipo de contextos predomina el grupo de las cerámicas lisas, y los recipientes ornamentados acuden casi exclusivamente al grafito y la pintura, siendo el momento de generalización del uso de la técnica. Esta es ahora más propensa a las asociaciones y no es raro encontrarla sobre formas carenadas de bordes entrantes, globulares de escaso desarrollo vertical (Fig. 5) o semiesféricas con bordes en ala a imitación de los platos torneados (Fig. 3, 6). Las cerámicas a mano conviven con las primeras muestras del uso del torno, y el hierro aparece junto a una metalurgia de bronce entre la que destacan las fibulas de doble resorte. Con ellos entramos en un ambiente de estabilidad poblacional y mundo funerario bien visible, para el

que tenemos vagas referencias de finales del siglo VII a.C. y mejores acreditaciones del siglo VI a.C., como las procedentes de los castros sorianos, varios yacimientos molineses, y quizás también riojanos, sin olvidar que al menos en el siglo IV aún se usa la técnica por lo conocido en Soto (Delibes *et al.*, 1995: 175) o el Ceremeño (Cerdeño *et al.*, 1993-95: 76). Su situación cronológica posterior respecto a los primeros contextos a los que hacíamos referencia viene marcada por la propia secuencia de Soto, con un periodo formativo y otro pleno (Quintana y Cruz, 1996), o la relación de sucesión entre la facies Pico Buitre y Riosalido en el Henares.

Otro punto que tampoco conviene olvidar es la génesis de estos contextos en los que las grafitadas se imbrican. La cuestión es mucho más compleja de lo que podemos desarrollar aquí, pero aludir el tema demanda la importancia del Ebro, aún cuando cuantitativamente su dotación de grafitadas no es la más significativa, y de la Meseta oriental.

En este sentido tanto en los yacimientos del Duero, como en la Meseta Sur, se reivindica, de una u otra manera, el componente de Campos de Urnas Recientes y del Hierro en la definición de los diferentes complejos culturales que ocupan la zona durante el Bronce Final-I Hierro, y esto, en lo que atañe a las grafitadas, permite otorgar al Ebro un papel pionero del uso de la técnica en la Península. Tal componente se reconoce muy desvirtuado (Delibes y Romero, 1992: 249), de forma que esos distintos ambientes culturales, el grupo de los castros sorianos, la cultura Soto, o las diferentes facies delimitadas en la Meseta Oriental, están ya fuera de un puro clasicismo respecto al Ebro, por no hablar de la reivindicación que se viene realizando en los últimos años de los procesos endógenos y las influencias meridionales (Ramírez, 1999) que alcanzarían en la zona igual o mayor fuerza que las septentrionales. Tampoco esta situación pasa desapercibida en el caso de las grafitadas sin que podamos hablar de su mera difusión a la Meseta, sino de un proceso de asimilación y de desarrollo propio con protagonismo de los pobladores de la zona, pues resulta chocante pensar en sabedores de la técnica que al llegar a la Meseta se centran en una variedad grafitada distinta. Así las especies características de la Meseta desarrollan una capa homogénea de grafito frente a los motivos practicados en el Ebro, o superponen motivos pintados, y lo hacen sobre formas no menos originales y sin apenas margen cronológico respecto a aquel.

Es posible que ese proceso de asimilación ten-

ga su mayor intensidad en la zona oriental de la Meseta Sur donde se documenta la presencia de yacimientos muy ligados al Ebro a finales del siglo IX a.C. (Martínez Sastre, 1992), las relaciones afectan claramente al urbanismo (Cerdeño *et al.*, 1993-95), el uso del grafito es más que generalizado, y en ocasiones desarrolla motivos geométricos como los del allí. Es más, tiende a relacionar las grafitadas del Duero con éstas de la zona oriental más que con el Ebro, porque las formas sobre las que las encontramos en los castros sorianos o más al interior, en Soto, son muy semejantes a las del Alto Tajo.

Independientemente de esta posibilidad, es obvio que esa situación anterior no es admisible en la mitad meridional de la Península donde las grafitadas reclaman conexiones con las tierras del interior de la Meseta, especialmente el marco oriental donde son registros usuales en todas las excavaciones, y también en las prospecciones (Arenas, 1999), con repetidas presencias que van más allá de lo ocasional, es decir convertidas en una de las decoraciones características de la Edad del Hierro, y con un desarrollo de la técnica mayor incluso que el del Ebro. Además no serán esos motivos característicos del Ebro los que encontremos en yacimientos meridionales como Los Villares o en Cástulo, sino los grafitados homogéneos, en bandas o con asociación de pintura o almagra. Es decir, las grafitadas, como algo muy propio del interior, son un buen marcador direccional de la interacción, influencias o intercambios a los que se abren estas tierras durante el Bronce Final-Hierro. En las novedades que conlleva la nueva etapa se plantea un fuerte componente levantino que podría tener su contrapartida en las grafitadas (Arenas y Martínez, 1993-95: 122) y lo mismo ocurre con los hallazgos que jalonan las tierras de La Mancha, Guadaluquivir o Vinalopó como testigos de un flujo cultural con el interior. No hay más que fijarse en determinados perfiles, como los cuencos de carenas marcadas que son tan característicos de la Meseta como del poblado alicantino de Peña Negra, la almagra, o las cerámicas con incrustaciones metálicas que presentes en el Tajo (Muñoz, 1993) remiten al Sureste.

En tal reciprocidad no hay datos que den pie a hablar de importaciones, no se trata de piezas que hicieran la función de contenedores, sino nuevamente del conocimiento de un tipo cerámico frecuente en la Meseta y singularizado por su aspecto acerado, que desde luego se busca en esos momentos, no sólo con el grafito, sino también con intensos bruñidos, superficies gallonadas, o perfi-

les aquillados (Mata, 1991: 153) de igual imitación metálica.

Ese uso generalizado de la Meseta oriental podría responder a la fácil obtención del grafito pues conocemos varias minas en la cuenca alta del Tajo y Sistema Ibérico (Fig. 1), sin embargo también permite pensar en el uso social de estas cerámicas, aún difícil de determinar.

Aunque en ocasiones encontremos grafitadas piezas escasamente cuidadas, de proporciones relacionadas con la contención y actividades de uso cotidianos como ocurre en Cástulo, es difícil resistirse a la impresión de que esta cerámica ocupa un papel destacado dentro de la vajilla disponible. El tamaño, la calidad, los motivos, o que el grafito sirva de fondo a piezas meseteñas con pinturas de escasa adherencia y por lo tanto fuera de un uso común, así lo muestran. También sus porcentajes reducidos dentro de sus diferentes conjuntos cerámicos, 2-3%, o que el uso del grafitado vaya más allá de las piezas funcionales que ahora no son el motivo de estas líneas pero que no hay que olvidar. Este es el caso de cuentas de barro encontradas en la necrópolis de Molina de Aragón (Crespo y Arenas 1998: nota 4), o varios morillos del ámbito del Jalón-Mesa (Martínez Naranjo, 1997: 171), cuya exposición al fuego, igual que los que aparecen pintados, no es la más apropiada. Además en los contextos funerarios el grafito no sólo se usa en las urnas, que podrían ser piezas amortizadas, sino también formando parte de los ajuares (Arenas, 1999: 50-62).

Finalmente varios han sido los argumentos esgrimidos en el origen extrapeninsular de la técnica. La dificultad y lo específico de ella como para que pudiera surgir de forma independiente en varios lugares, la propia representación septentrional española, la similitud de ésta con los motivos galos y la mayor representación del vecino país son los más importantes.

Efectivamente esta variedad cerámica es bien conocida en Francia, con representaciones en la mayor parte de su geografía. Destaca la agrupación del centro-oeste, correspondiente al Macizo Central y sus márgenes, donde se han estudiado de forma monográfica (Lambert y Roulière, 1980: 99) pudiéndose diferenciar distintas agrupaciones, diferentes fases de desarrollo y un comportamiento más complejo ligado a ellas desde el momento que hay diferentes conexiones entre grupos, fabricaciones locales e importaciones (Roulière, 1986; Pautreau, 1986: 159). Sus motivos de líneas paralelas, trián-

gulos lisos o rellenos, zigzag y cuadrículas, organizadas en bandas o en metopas, han sido uno de los principales apoyos en su relación con la muestra del Ebro, sin embargo Francia, aunque sin esa proximidad geográfica, también posee en sus tierras orientales muestras en las que no faltan cerámicas que cubren su superficie interior y exterior con grafito, que diseñen bandas, que combinen grafito con acanalados, o que se asocien a la pintura (Villes, 1991), en definitiva todas las modalidades peninsulares que dificultan una estricta comparación con sólo lo más cercano. En este sentido la información francesa mayoritaria procede de contextos funerarios, frente a la del Ebro con sólo hábitat, y en el tránsito de la técnica desde el Suroeste se echa en falta, como ya observó G. Ruiz Zapatero (1985: 767) su presencia en las tierras más próximas a los pasos occidentales de los Pirineos, pues no se conoce en las tierras meridionales del cauce medio y bajo del Garona (Muller, 1997-98: 61).

En relación con las formas y temática, la muestra del norte peninsular tampoco es demasiado amplia como para confirmar la comparación. Las formas que se grafitan no desentonan con la tipología de los yacimientos del momento (Ruiz Zapatero, 1985: Fig. 222) y los motivos del Ebro, líneas horizontales paralelas, triángulos rellenos o meandros no son ajenos a los franceses, pero sí demasiado simplistas para la complejidad de las muestras galas, además de ser propios de otras técnicas decorativas del momento como la incisión, de indudable tradición local. Tampoco hay que olvidar la relación del grafito con el acanalado en fragmentos de La Hoya (Saenz de Urturi, 1983: 389-392) o la asociación de grafito y pintura de ese mismo yacimiento (Ruiz Zapatero, 1985: 764), técnicas ambas para las que es más que innecesario recurrir al otro lado de los Pirineos (Ruiz Zapatero, 1985: 793 y 769). Por otro lado, la entrada de la técnica grafitada en el Alto Ebro se asociaba a la de la cerámica excisa tipo Henayo- Redal considerada hoy como plenamente propia (Ruiz Zapatero, 1995: 28) quedando las grafitadas entre los pocos elementos de aportación externa.

Sólo lo novedoso y específico de su técnica, sigue siendo un factor a tener en cuenta y también aquí se hace necesaria la reflexión. Serán necesarios nuevos análisis centrados en esos aspectos técnicos los que puedan sacarnos de dudas, pero, como ya mencionamos hay claras manifestaciones de aplicaciones de grafito tras la cocción, lo que no la hace más compleja, sino equiparable a la que se esta

haciendo a la par pintada, salvo por el conocimiento de este mineral que logra un brillo metálico.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a los Doctores Don Rodrigo de Balbín y Doña Primitiva Bueno Ramírez, mis directores de Tesis Doctoral, de la que forma parte lo aquí escrito, a Doña Maribel Martínez Navarrete por su interés en mi trabajo, a Don Ignacio Montero por su aportación de la presencia de grafitadas en la Dehesa de la Oliva, y a los evaluadores de esta revista por sus acertadas sugerencias.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. y DÁVILA, A. (1988): "Estructura y reconstrucción de la cabaña Ecce Homo 86/6". *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria I: 361-374.
- ARENAS, J. (1999): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central, España*. British Archaeological Reports 780. Oxford.
- ARENAS, J. y MARTÍNEZ, J.P. (1993-95): "Poblamiento prehistórico en la Serranía Molinesa: El Turmielo de Aragoncillo (Guadalajara)". *Kalathos* 13-14: 89-141.
- ARRIBAS, J.G.; MILLÁN, A. y CALDERÓN, T. (1991): "Caracterización mineralógica de cerámicas del yacimiento arqueológico de San Antonio (Vallecas, Madrid)". Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio (Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía* 2: 175-184.
- BLASCO, C.; LUCAS, R. y ALONSO, A. (1991): "Excavaciones en el poblado de La Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio (Madrid)". *Arqueología, Paleontología y Etnografía* 2: 7-159.
- BLÁZQUEZ, J.M.; GARCÍA GELABERT, M.P. y LÓPEZ, F. (1985): *Cástulo V. Excavaciones Arqueológicas en España* 140. Ministerio de Cultura. Madrid.
- BLÁZQUEZ, J.M. y VALIENTE, J. (1980): "Cerámicas grafitadas del poblado de La Muela de Cástulo (Linares, Jaén)". *Trabajos de Prehistoria* 37: 399-418.
- CARDELL, C. (1999): "Arqueometría de las cerámicas fenicias". *Cerro del Villar – I. Arqueología. Monografías de la Junta de Andalucía. Anexo V (CD)*: 1-23.
- CASTRO, P.V.; LULL, V. y MICO, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c 2800-900 cal ANE)*. British Archaeological Reports, Series 652. Oxford.
- CEBOLLA, J.L. (1992-93): "El tránsito del Bronce Final a la primera Edad del Hierro en el sector NW de la cuenca del Jalón". *Bajo Aragón IX-X*: 175-191.

- CERDEÑO, M.L. (1987): "Cerámicas grafitadas del poblado de La Coronilla (Molina de Aragón). Guadalajara". *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología* (Canarias 1985): 569-580.
- CERDEÑO, M.L. y GARCÍA HUERTA, R. (1983): "Avance de la estratigrafía protohistórica de la Coronilla (Molina de Aragón. Guadalajara)". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 14: 257-299.
- (1992): *El castro de La Coronilla (Chera, Guadalajara). 1980-86*. Excavaciones Arqueológicas en España 163. Ministerio de Cultura. Madrid.
- CERDEÑO, M.L.; PÉREZ DE INESTROSA, J.L. y CABANES, E. (1993-95): "Secuencia cultural del Castro de El Cereño (Guadalajara)". *Kalathos* 13-14: 61-68.
- COLLADO, O.; COTINO, F.; IBÁÑEZ, R. y NIETO, E. (1991-92): "Montón de Tierra, Griegos (Teruel). Estado actual de las investigaciones". *Kalathos* 11-12: 115-138.
- CRESPO, M.L. (1992): "Pico Buitre y el Bronce Final en el Valle del Henares". En J. Valiente (ed.): *La Celtización del Tajo Superior*. Memorias del Seminario de Historia Antigua III. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid: 45-66.
- CRESPO, M.L. y ARENAS, J. (1998): "Aproximación a la secuencia cultural del Bronce Final y Primer Hierro en las tierras de Guadalajara (I)". *VI Encuentro de historiadores del Valle del Henares* (Alcalá de Henares 1998): 47-73.
- DELIBES, G. y ROMERO, F. (1992): "El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural". En M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (ed.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 233-258.
- DELIBES, G.; ROMERO, F. y RAMÍREZ, M.L. (1995): "El poblado céltico de Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90". En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (ed.): *Arqueología y Medio Ambiente*. Junta de Castilla y León. Valladolid: 149-177.
- EIROA, J.J.; BACHILLER, J.A.; CASTRO, L. y LOMBA, J. (1999): *Nociones de tecnología y tipología en Prehistoria*. Ed. Ariel Historia. Barcelona.
- ESPINOSA, C. y CRESPO, M.L. (1988): "Un yacimiento de transición del Bronce al Hierro en Alovera (Guadalajara)". *I Congreso de Historia de Castilla – La Mancha* (Ciudad Real 1985) III: 247-256.
- GALVÁN, V. (1991): "Estudio mineralógico de la cerámica grafitada". Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio (Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía* 2: 185-186.
- GARCÍA HUERTA, R. (1990): *La Edad del Hierro en la Meseta Oriental: El Alto Jalón y el Alto Tajo*. Ed. Universidad Complutense. Madrid.
- GARCÍA HUERTA, R.; MORALES, F.J. y OCAÑA, A. (1999): "El poblado de la Edad del Hierro de Peñarroya (Argamasilla de Alba, Ciudad Real)". En M.A. Valero Tevar (coord.): *Primeras Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla- La Mancha* (Cuenca 1997). Patrimonio Histórico – Arqueología 14: 221-258. Toledo.
- GAUTIER, J. (1976): "Le décor de la céramique dite graphitée". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 73: 454-456.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. y PASCUAL, H. (1983): *El yacimiento de Sorbán y la Primera Edad del Hierro en Calahorra y La Rioja*. Calahorra.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1992): "Una vivienda metalúrgica en La Peña Negra (Crevillente, Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 49: 243-257.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ, E. (1990-91): "Nuevos datos sobre urbanística y cultura material en el Hierro Antiguo del Sudeste (Peña Negra, 1986)". *Lucentum* IX-X: 51-75.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F.J. y DOMÍNGUEZ, A. (1995): "Cerámicas pintadas postcocción: Fósil guía y conjunto cultural". *Zephyrus* XLVIII: 187-198.
- JUAN, A. de; FERNÁNDEZ, M. y CABALLERO, A. (1994): "El yacimiento ibero-medieval de Alarcos". En J. Sánchez Meseguer, C. Galán, A. Caballero, C. Fernández y M.T. Musat (coord): *Arqueología en Ciudad Real*. Patrimonio Histórico – Arqueología 8: 143-165.
- LAMBERT, G-N. y ROULIÈRE, M-J. (1980): "Essai de classification typologique – chronologique de la céramique graphitée du centre et de centre - ouest de la France". *Oskitania* 1: 99-149.
- LLANOS, A. (1988): "Poblado de la La Hoya (Laguardia, Alava)". En F. Burillo y J.A. Pérez (coord.): *Celtíberos*. Diputación de Zaragoza. Zaragoza: 68-71.
- LLANOS, A.; APELLÁNIZ, J.M.; AGORRETA, J.A. y FARIÑA, J. (1975): "El castro del Castillo de Henayo (Alegría-Alava). Memoria de excavaciones. Campañas de 1969-1970". *Estudios de Arqueología Alavesa* 8: 87-212.
- LLANOS, A. y VEGAS, J.I. (1974): «Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica». *Estudios de Arqueología Alavesa* 6: 265- 313.
- MALUQUER, J. (1958): *El castro de Los Castillejos en Sancho-rreja*. Diputación Provincial de Ávila. Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Salamanca.
- MARTÍNEZ NARANJO, J.P. (1997): "El inicio del mundo celtibérico en el interfluvio Alto Jalón-Mesa". *Complutum* 8: 161-182.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1988): *La Edad del Bronce en la Submeseta Suroriental: una revisión crítica*. Colección Tesis Doctorales, 191/88. Universidad Complutense. Madrid.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. (1992): "El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara)". En J. Valiente (ed.): *La Celtización del Tajo Superior*. Memorias del Seminario de Historia Antigua III. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid: 67-78.
- MATA, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)*. Origen y evolución de la cultura Ibérica. Servicio de Investigación Prehistórica 88. Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- MÉNDEZ, A. y VELASCO, F. (1984): "La Muela de Alarilla. Un

- yacimiento de la Edad del Bronce en el valle medio del río Henares". *Revista de Arqueología* 37: 6-15.
- MISIEGO, J.C.; SANZ, F.J.; MARCOS, G.J. y MARTÍN, M.A. (1999): "Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaos (Santiago de la Valduerna, León)." *Nymantia* 7: 43-65.
- MULLER, A. (1997-98). "Le Cluzel (Toulouse, Haute-Garonne), du Bronze final ou deuxième Age du Fer. Bilan de fouilles 1968-1987". *Aquitania* XV: 27-65.
- MUÑOZ, K. (1993): "El poblamiento desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en el valle medio del río Tajo". *Complutum* 4: 321-336.
- MUÑOZ, K. y ORTEGA, J. (1996): "La transición Primera-Segunda Edad del Hierro en el Bajo Henares: Las cabañas de Los Pinos (Alcalá de Henares)". *V Encuentro de historiadores del Valle del Henares* (1996). Alcalá de Henares: 31-43.
- ORTEGO, T. (1951): "Celtas en tierras de Soria y Teruel (Tres yacimientos inéditos)". *II Congreso Nacional de Arqueología*: 285-296.
- PASCUAL, A.C. (1991): *Carta arqueológica. Soria. Zona centro*. Publicaciones de la Excma Diputación provincial de Soria. Soria.
- PASCUAL, H. y CINCA, J. (1985): "Cerámicas grafitadas en La Torre de Campobajo. Término de Calahorra (La Rioja)". *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología* (Logroño 1983): 623-630.
- PAUTREAU, J.P. (1986): "Céramiques peintes du premier âge du fer au Camp Allaric a Aslonnes (Vienne). VIIIe Colloque sur les Ages du Fer. *Aquitania*, Supplément 1: 139-166.
- QUINTANA, J. y CRUZ, P.J. (1996): "Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de Valladolid*: 9-78.
- RAMÍREZ, M.L. (1999): "La casa circular durante la Primera Edad del Hierro en el Valle del Duero". *Nymantia* 7: 67-94.
- RINCÓN, J.M. (1981): "Estudio comparativo de los colorantes superficiales rojos de varias piezas cerámicas del poblado de La Muela de Cástulo (Linares, Jaén)". *Cástulo III*. Excavaciones Arqueológicas en España 117. Ministerio de Cultura. Madrid: 243-249.
- ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Studia Archaeologica, 80. Valladolid.
- (1999): "Orígenes y evolución del grupo castreño de la Sierra norte soriana. La aportación de la cronología radiocarbónica". En J. Arenas y M.V. Palacios (coords.): *Actas de los Encuentros sobre el origen del mundo celtibérico* (Molina de Aragón 1998): 43-164.
- ROMERO, F. y MISIEGO, J.C. (1995): «Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero; El Castillejo (Fuensalido, Soria)». En F. Burillo (coord.): *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991): 127-139. Zaragoza.
- ROSA, R. de la y SOTO, E. (1995): "Cerro Ogmico, un yacimiento de campos de Urnas en el Alto Jalón". En F. Burillo (coord.): *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991): 265-274. Zaragoza.
- ROULIÈRE-LAMBERT, M.J. (1986): "La céramique graphitée du premier age du fer dans le Centre-Ouest de la France". VIIIe Colloque sur les Ages du Fer. *Aquitania*, Supplément 1: 173-185.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): "Cogotas I y los primeros Campos de urnas en el Alto Duero". *Primer Symposium de Arqueología soriana* (Soria 1982): 169-185.
- (1985): *Los Campos de Urnas del Noreste de la Península Ibérica*. Colección Tesis Doctorales, 83/85. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- (1995): "El substrato de la Celtiberia citerior. El problema de las invasiones". En F. Burillo (coord.): *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1991): 25-40. Zaragoza.
- SÁENZ DE URTURI, F. (1983): "Estudio de las cerámicas grafitadas en yacimientos alaveses". *Estudios de Arqueología Alavesa* 11: 387-405.
- SÁNCHEZ CAPILLA, M.L. (1989): "Cerámicas grafitadas en Moya (Cuenca) y las cerámicas grafitadas en la Península Ibérica: Estado de la cuestión". *Cuenca* 33: 71-100.
- SECO, M. y TRECEÑO, F.J. (1993): "La temprana iberización de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (ed.): *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid: 133-171.
- ULREICH, H.; NEGRETE, M.A. y PUCH, E. (1994): "Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), corte 4". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de Valladolid* LX: 105-137.
- VALIENTE, J. 1982: "Cerámicas grafitadas de la comarca seguntina". *Wad-al-Hayara* 9: 117-135.
- (1984): "Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La Transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares". *Wad-al-Hayara* 11: 9-58.
- VALIENTE, J.; CRESPO, M.L. y ESPINOSA, C. (1986): "Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares. Los poblados de Ribera". *Wad-al-Hayara* 13: 47-70.
- VALIENTE, J. y VELASCO, M. (1986): "El Cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara). Un asentamiento de la transición del Bronce al Hierro". *Wad-al-Hayara* 13: 71-90.
- (1988): "Ermita de la Vega (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara)". *Wad-al-Hayara* 15: 95-122.
- VILLES, A. (1991): "La fosse d' Euvy, Les Pointes Roger (Marne) et les débuts de la céramique graphitée en Champagne". *Bulletin de la Société Archéologique Champenoise* 84, 2: 25-66.
- WERNER, S. (1987-88): "Consideraciones sobre la cerámica con decoración grafitada de la Península Ibérica". *Kalathos* 7-8: 185-194.